

SOFÍA NEBOT CATALÁN
1º BACHILLERATO
IES MATILDE SALVADOR
(CASTELLÓN DE LA PLANA)

Valencia, 18 de julio de 2022

A mi querido amigo,

¿Recuerdas nuestro primer encuentro? ¿Todos los nervios que me inundaron ante poder, finalmente, cruzar el charco? La incertidumbre de no saber con qué me iba a encontrar en América, se disipó la primera vez que crucé el umbral del laboratorio donde realizabas tu magia.

Cuando se me concedió la beca que me permitió viajar a los Estados Unidos de América, me llenó la esperanza poder hallarme en un lugar donde socialmente se valoraban los conocimientos científicos, y se les concedían el prestigio que merecían. La juvenil vitalidad que tenía por aquel entonces no podía frenar mi empeño para conseguir un solemne futuro.

No puedo llegar a expresar con palabras mundanas el orgullo que sentí cuando me acogiste para trabajar en tu laboratorio, ya por entonces de renombre mundial. Era incapaz de creer que el Ilmo. doctor Severo Ochoa me hubiera aceptado en su equipo, como uno más de los suyos.

Lo que comenzó siendo una relación convencional entre un maestro con su pupilo, acabó siendo una relación más allá del laboratorio. Me satisfacía en gran medida poder hablar con alguien libremente en nuestra lengua y compartir costumbres que los *yankees* nunca entenderían. Aún recuerdo cómo escuchabas atentamente las mil historias que te contaba de mi añorada Valencia.

En ti hallé a alguien como yo. No encontrábamos nuestro lugar en el mundo. En España porque éramos unos incomprendidos sin ninguna posibilidad de optar a un futuro brillante, pero tampoco acabamos nunca de acostumbrarnos al nuevo mundo. Aunque proviniésemos de dos culturas totalmente distintas, nos unía un sentimiento mucho mayor que cualquier diferencia.

En tu laboratorio aprendí diversas materias científicas y fue cuando me interesé en específico por la química, en especial, la bioquímica. Allí pude desarrollar estudios sobre la enzima málica. Dichos estudios me proporcionaron cierto prestigio en Norteamérica y pude conseguir diversos trabajos a lo largo de todo el país.

Tras muchos años dando tumbos de universidad en universidad por todo el territorio estadounidense, conseguí asentarme en 1954 en Kansas. Cuando comencé allí, tan solo era un profesor asociado, pero a su vez ejercía el papel de director en el Instituto de Investigación médica, que, aunque no pertenecía a la universidad, estaba muy ligada a ella.

Aunque conseguí encontrar un lugar decente donde residir, en lo más profundo de mi ser, sabía que nunca podría llamar a ese lugar hogar. Por fin, en el año 1959, fui finalmente nombrado catedrático por la misma universidad.

Ese mismo año, a la vez que el resto del mundo, conocimos la buena nueva de que se te había concedido conjuntamente con Arthur Kornberg, la honorable distinción del premio Nobel de Medicina. Una hazaña de la que pocos puede alardear, y mucho menos españoles. Solo Ramón y Cajal y tú poseéis un galardón tan ilustre en el ámbito científico en nuestro país. Pero este premio fue mucho más que solo un premio. Fue un camino abierto para las ciencias en España, tan conservadora, que en muchas ocasiones parecía llevar medio siglo de retraso en comparación con los Estados Unidos de América.

Mientras tanto, yo continuaba en mi “sueño americano”. Dudo mucho que pueda llamarlo de tal manera, ya que fantaseaba cada vez más con mi muy querida Valencia. Muchas veces lamentaba la impulsividad juvenil que me había empujado a irme de aquí, pero pronto recordaba todas las oportunidades que esa tierra me había brindado. Y sé que, si tuviese otra vez la oportunidad de realizarlo, lo haría sin dudarle un instante.

Así pasaron los años, seguía publicando artículos y conseguí cierto reconocimiento. Los surcos de la edad ya marcaban mi rostro demacrado por el paso del tiempo y mi cabello era como la cima de las montañas tan típicas de tu tierra. Cada vez que veía mi reflejo en un espejo no podía evitar reírme ensimismado y reformularme una y otra vez la misma cuestión. “¿Dónde estará aquel muchacho que soñaba con ser el mejor marino de toda su patria?” No era capaz de afirmar en qué parte exacta del camino dejé de ser aquel muchacho inocente y crédulo para poder convertirme en el hombre imponente que se hallaba en el reflejo del espejo.

Volviendo al pasado, también le agradecería a García Blanco, el profesor que hizo posible que todo esto pasase. Él me animó a solicitar las becas que me abrieron la puerta al nuevo mundo y también me dio a conocer tu fascinante trabajo. Ante la inicial negativa de mi familia ante tal andanza, él fue el encargado de hacerlos cambiar de parecer alegando todas las ventajas que una nación como esa me proporcionaría.

No faltó un día de los que pasé en el territorio americano en el que no añorara mi tierra y, sobre todo, a mi familia. Uno nunca se acostumbra cuando hay una gran distancia entre los más allegados. Siempre se les echaba en falta; sin embargo, sabía que, desde la orilla del Mediterráneo, ellos me apoyaban incondicionalmente.

Así fue el transcurso de mi existencia hasta el año 1975. El 20 de noviembre de ese mismo año, fuimos partícipes del fallecimiento de Franco, lo que sumió el destino de España en una incertidumbre política y social. Nadie sabía qué iba a pasar y nosotros ansiábamos tener repuestas a nuestras inquietudes desde el extremo opuesto del océano Atlántico.

La sociedad estaba cambiando a una vertiginosa velocidad para nosotros. Cada década era totalmente diferente a la anterior y el mundo estaba más conectado entre sí cada día. La globalización, lo llaman. Cada vez éramos más parecidos, pero a la vez más distintos. Tras tantos años residiendo en un país cuya base son los inmigrantes, hallé que, aunque sea lejos de casa, nadie está dispuesto a rechazar su cultura, su origen. Por eso, 1975 y los años posteriores fueron un punto de inflexión para todos los españoles que nos tuvimos que alejar de nuestros hogares,

para poder volver de nuevo a ellos. Pero esta vez libres, sin restricciones, ataduras, impedimentos o censuras.

Así que, el destino o la casualidad, quiso volver a cruzar nuestros caminos en aquel fatídico año de 1977, cuando decidimos volver a España. Aunque deseoso de poder volver, tenía el corazón en el puño ante mi inminente partida del país que me había acogido con los brazos abiertos y me había brindado todas las oportunidades para poder llegar donde me encuentro. Un intenso debate interno se apoderó de mí. Pero en lo más profundo de mi existencia, sabía que a esas alturas nada podía detenerme de volver a mi hogar, la capital de Turia, el objeto de mi añoranza y la musa de mis sueños. Mi muy preciada Valencia

Cuando regresé, tuve la certeza de que nada ni nadie me haría abandonar más esas calles que recorría durante mi infancia, ni de esas gentes tan bondadosas como nobles. Sin embargo, tú compaginabas tus tareas americanas con tus labores en el Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, en tu honor, situado en Madrid. No volviste definitivamente a residir en España hasta el año 1985, para trabajar en el centro anteriormente nombrado, del cual eras director.

Por mi parte, me encargué de dirigir el Instituto de Investigaciones Citológicas de Valencia, para después ser elegido académico en la Real Academia de Farmacia. También fui secretario de la Fundación Valenciana de Estudios Avanzados, donde promulgué la creación de los premios Jaime I. Finalmente recibí el premio Príncipe de Asturias a la Investigación Científica y Técnica en el año 1990.

El 1 de noviembre de 1993 llegó una extraña a casa. Era una voz hastiada que nos comunicó tu fallecimiento e información sobre los actos fúnebres. Pero yo dejé de escuchar. Mi mente voló a todos nuestros recuerdos. Nuestro primer encuentro, cuando me regañabas por desobedecer tus órdenes, nuestras tendidas charlas en el laboratorio... Pero lo que perseguía mi alma en ese momento, era el brillo característico que tenían tus ojos cuando sonreías.

Fue un duro golpe y un difícil trance haber perdido a un grande de las ciencias como lo eres y siempre los serás. Entre tus discípulos y yo cumplimos tu voluntad de crear una fundación con tu nombre y el de tu amada esposa. Los nombres de Carmen y Severo Ochoa ahora estarán siempre unidos, como bien lo expresaste en vida.

El mundo cambia a una velocidad tan rápida que ha dejado atrás a los viejos como yo. En estos casi 30 han pasado muchas cosas, imposibles de sintetizarte en esta misiva. Pero sé que te alegrará saber los avances inauditos e inimaginables que están teniendo lugar en los ámbitos científicos. Siento que las nuevas generaciones no valoran todas las oportunidades que se les brinda. Pero estamos dando pasos para conseguir el mundo que deseamos.

En el año 2020 vivimos una pandemia mundial por un virus llamado el Coronavirus. Estuvimos confinados mientras nos bombardeaban con cifras desorbitadas de fallecidos y hospitales colapsados. En ese mismo año, los sanitarios movían el mundo. Esa gente valiente que se jugaba su propia vida e integridad para salvar a los demás. Todos los días, a las 20:00 os aplaudíamos. Sí, lo digo en plural porque sin ti, puede que nada de esto estuviese pasando. Cada aplauso llegaba a cada recoveco de mi alma, retumbando en mí y desempolvando antiguos recuerdos. Era incapaz de retener las lágrimas de emoción al verlo. Sé que te hubiese encantado y hubiese estado orgulloso de la fuerza que reside en los sanitarios, tanto españoles como del resto del mundo.

Poco a poco pudimos ir volviendo a la normalidad, dentro de lo que cabe. Pero para mí, ya nada volvió a ser igual. Ya solo era un viejo, que había aprendido de la soledad y a valorar a los suyos. En este punto de mi vida, daban igual los artículos que había publicado, los premios que había recibido o el dinero que había ganado.

Ahora comprendo perfectamente, que todo eso no son más que sandeces. Ahora lo comprendo, sentado en una cama de hospital. Los médicos dicen que estoy grave. El coronavirus me ha dejado secuelas que, debido a mis 99 años, me van a ser imposibles de superar.

Ya veo que se acerca mi final, por eso solo puedo agradecer todo lo que has hecho por mí. Sin ti no sería todo lo que soy. Gracias por todos los buenos recuerdos que perdurarán en mi memoria hasta el fin de mis días. Gracias por acogerme en tu taller. Gracias por convertirme en uno de los tuyos. Gracias por darme un hogar donde sentirme feliz e integrado en un país extraño. Gracias por ser como uno padre para mí desde el momento que nos conocimos. Pero, sobre todo, gracias por la amistad que me brindaste cuando más solo me hallaba.

Tu muy querido amigo y discípulo,

Santiago Grisolia García